

Educación en el Reconocimiento para la Paz¹

Introducción

Aunque parezca contradictorio, la paz no requiere de la tolerancia sino del reconocimiento, por eso es necesario pensar en cómo se contribuye desde la educación para la paz, buscando la manera de formar personas capaces de reconocer al otro como sujeto valioso en sí mismo. Para tal fin, en un primer momento, el presente escrito pro-

pone explicar, a partir de la *Metamorfosis* de Kafka, el concepto de tolerancia y cómo dicho concepto no contribuye mucho en la construcción de comunidad. En un segundo momento se toma la novela de Luis Sepúlveda, *Historia del Gato y la Gaviota que le enseñó a volar*, abordando el concepto de reconocimiento y mostrándolo como necesario en una sociedad que asume el conflicto positivamente y se prepara para

■ 1 Este texto forma parte del libro colectivo: *Escuela e inclusión: reconocimiento, cultura de paz, creatividad social y derechos para la nueva escuela*, publicado en 2018 por la editorial CENEJUS de México. Los autores han autorizado la reproducción de este documento en el Número 12 de *La Revista*.

la paz. Y en un tercer momento, con Martha Nussbaum, se reflexiona en torno de la sensibilidad que despiertan las humanidades, convirtiéndolas en fundamentales para el proceso formativo de entender la paz ligada al reconocimiento de las diferencias.

Nadie puede olvidar como en la escuela y en cualquier institución educativa se hablaba de educar para ser tolerante, porque se suponía que dicha virtud política era valiosa. No obstante, la tolerancia genera una actividad pasiva y de encierro en sí mismo, haciendo difícil entablar interacción alguna. Es cierto, la tolerancia se aprecia como una virtud política, pero lo fue para un tiempo donde las diferencias no resultaban visibles a simple vista, en la actualidad ella se ha convertido en algo valioso para la convivencia inmediata, pero no para la convivencia a largo plazo, donde los sujetos no pueden ocultar sus diferencias.

En la literatura pueden encontrarse muchos ejemplos para explicar la tolerancia, o como podría decirse más apropiadamente, aguantar al otro, soportarlo sin de-



jarse afectar por él; tal es el caso de la *Metamorfosis* de Kafka, donde el otro como distinto debe ser soportado mas no es valorado desde su condición humana. Por el contrario, poco son los ejemplos que dibujan la idea del reconocimiento, quizá el más claro que se ha presentado, está en la novela infantil, titulada *Historia de una gaviota y el gato que le enseñó a volar*, en ella el autor sensibiliza al lector sobre el valor que tiene para la humanidad la diferencia, en cuanto que, solo la preocupación por el otro es la verdadera preocupación social (Sepúlveda, 1996).

No se trata de preocuparse por el otro superficialmente, debe existir preocupación por el otro porque tiene una perspectiva valiosa de acción, el otro es un potencial en sí mismo para el resto de la humanidad y de los seres vivos. De ahí la importancia del reconocimiento, de formar y de comprender que en un contexto de construcción de paz y superación del conflicto armado es necesario la integración y el diálogo permanente en vez de la distancia y la negación.

Pero ¿cómo lograr una formación donde se despierte la sensibilidad por el otro y se formen individuos dispuestos a reconocer más que a tolerar? La clave de esto se encuentra en el pensamiento de Nussbaum (2010), específicamente en su noción liberal de aproximación sensible por medio de las ciencias humanas, o mejor, por medio de potenciar la formación humanística. Esto consiste en darle mayor importancia a la literatura, al arte, al cine, a la danza, en razón de ser ellas disciplinas que abren el cerrado círculo del yo, para ampliar los horizontes y comprender que la existencia individual se basa en la relación.

La Metamorfosis de la Tolerancia

Nunca nadie podrá despertar un día convertido en un insecto, pero si podrá un día despertarse sintiéndose un insecto. La metáfora del cuento de Kafka en la metamorfosis es sencilla, muy concreta para mostrar la condición de la vida actual, consiste en evidenciar el extrañamiento de la gente con su mundo, el cual es contrario a sus deseos y aspiraciones, sobre todo porque ese mundo ha propuesto que la mejor forma de ser feliz es alojarse en la individualidad de cada persona. De esta manera, relacionarse con los demás resulta totalmente extraño, ajeno a la condición humana sociable, que según Aristóteles nos convierte en animales esencialmente políticos.

El sentirse individuo, no identificado con los otros, pero si atado a unas relaciones que le son ajenas, puede decirse que es propio de la modernidad capitalista, una profundización de la individualidad hasta el punto de caer en una especie de aislamiento, donde brotan las preguntas ¿Qué hago yo aquí? ¿Para qué existo? Estas pregun-

tas existenciales pueden surgir y, bajo un sentido moderno de libertad absoluta, presuponen que los seres humanos están aquí para buscar sentido a la existencia.

No obstante, ante ese panorama de aislamiento y búsqueda de relación entre individuos autointeresados, despreocupados por lo comunal o social, es válido preguntar ¿cómo es posible la convivencia?, porque a pesar de todo, la única forma que tenemos para sobrevivir es en contacto con los demás, como presuponían los griegos para quienes la política no era una opción. Quizá la respuesta a esa inquietud este en la tolerancia, entendida y definida desde la historia de Kafka.

¿Qué sucede con el señor Gregorio Samsa? Podría asumirse que el problema que tiene no es un problema existencial, como lo presupone Zuleta en sus ensayos titulados: *La metamorfosis* y *Kafka* y *la modernidad*, donde aborda el tema desde el existencialismo (Zu-

leta, 1985). No es ese el sentido que aquí se pretende apreciar, porque no se trata de saber qué sentido darle a la vida, pero sí de entender cómo se puede convivir siendo tolerante, es decir, sin necesidad de interacción real con los demás. Para tal fin, afirmemos que el problema de Gregorio es que él es distinto, mientras la cotidianidad de la vida en la que él vive le impone unas pautas de conducta, comportamiento y pensamiento, sin embargo, él se desmarca de ahí. En otras palabras, es un ser diferente, pero no totalmente diferente, en cuanto resulta aceptable, y puede ser asimilado por la sociedad; es diferente en la medida que se vuelve rechazable y por ello es visto como un insecto, hasta el punto que él mismo se siente como insecto.

Pensemos por un momento cuantas veces ha pasado eso, en nuestra sociedad, en nuestros círculos de amigos, en nuestra familia, existen diferencias aceptables. Por ejemplo, socialmente no incomoda

Estas preguntas existenciales pueden surgir y, bajo un sentido moderno de libertad absoluta, presuponen que los seres humanos están aquí para buscar sentido a la existencia.

una persona que promulgue ser protestante o mormona, incluso la acogemos en nuestros círculos de amigos, de trabajo y quizá, con algo de dificultad podrá entrar en nuestra familia. Para ese caso la diferencia es aceptable, tratable y hasta asimilable.

No acontece lo mismo cuando la diferencia resulta tan radical, como lo puede ser el pertenecer a la iglesia de Lucifer. Se trata de una religión que promulga a Lucifer, no como el enemigo de Dios, sino un ángel que acoge otra ética de adoración y convivencia. Quienes pertenezcan a esta iglesia y lo asuman así, viviendo en una sociedad fuertemente influida por el pensamiento cristiano, indiscutiblemente se sentirán como insectos, porque la gente los verá y los trata así.

Aunque eso suena muy alejado de la realidad y descabellado, no hace falta acudir a la imaginación para darse cuenta de esa posibilidad. En la historia de la humanidad y de nuestro país, los

ejemplos sobran, basta recordar cómo eran vistos los liberales, después lo socialistas y los comunistas², en fin los ejemplos sobran. El ver a alguien como un insecto hace posible que sea tratado como tal y en muchas ocasiones, se le hace creer que realmente es un insecto.

Pero bueno, puede decirse que para estos casos la tolerancia sería suficiente, porque se manda los asuntos religiosos y políticos al cuarto de lo privado, de donde se espera que no salgan a lo público. Se desea que el bicho de la diferencia no se haga visible, tal como acontecía con el pobre Gregorio Samsa, que resultaba siendo una vergüenza, un asco para su familia, pero que se pretendía recordar como el hijo formal, trabajador y respetuoso que había sido antes del fatídico suceso.

No es de extrañar que el deseo de muerte este entre los familiares de Gregorio, ese deseo que ellos muy en el fondo sienten por su pariente insecto, es muy similar al deseo de

2 Para soportar esta afirmación, basta recordar el libro de Diego Jaramillo Salgado, titulado *Satanización*

muerte que se siente por algunos seres cuando nuestra tolerancia está al límite de romperse. Para este caso la muerte es la intensión de anular al otro, no como persona, sino como potencial que amenaza lo que soy, la forma como vivo y la perspectiva de lo bueno y lo malo. Recuérdese que el padre de Gregorio sentía odio por su hijo, porque ante la falta de un proveedor de recursos para la casa, tuvieron que alquilar un cuarto de la casa familiar y él tuvo que volver a trabajar, es decir, la presencia del insecto le había cambiado su forma de vivir.

No obstante, a pesar de todo lo sucedido, la familia era tolerante porque convivía con él, sin que ello implicara algún tipo de relación. El contacto entre insecto y familia se reducía a suministrar comida y a permitirle hacer lo que le parezca dentro del cuarto; pero cuanto salía de aquel recinto mostrando su condición de ser diferente, era reprimido con una escoba. Concluyendo con Kafka, se puede decir que la tolerancia es convivir con el otro sin interactuar con él. Las diferencias pueden existir, son respetadas, pero deben ser

guardadas en la intimidad. En otras palabras, puede decirse que no importa si existen o no, desde que nos entendamos en lo fundamental lo demás no importa.

Este concepto de tolerancia apareció en el siglo XVII con las guerras religiosas. Por esa razón, cuando Locke escribe sobre la famosa carta sobre la tolerancia, lo hace para proponerla en dos planos, una en el trato que los individuos tienen entre sí, la otra en cuanto a la relación Estado-individuos. En la primera los individuos deben hacer abstracción de sus particularidades y entenderse como simples ciudadanos. En la otra, el Estado los trata como ciudadanos y les exige responder a sus obligaciones.

Haciendo énfasis en la primera forma de tolerancia, otro filósofo de la ilustración como Voltaire cree que la sociedad política debe estar dada por una comprensión de reglas claras que permita el entendimiento entre individuos, en los cuales ellos puedan manifestarse libremente, realizarse sin problema. De ahí la famosa frase que Evelyn Beatrice Hall, biógrafa del

filósofo, que pone en boca de Voltaire para resumir su pensamiento, “no estoy de acuerdo con lo que dices, pero daría mi vida porque puedas expresar lo que piensas” (Hall, 1919, s.p.). La razón de ese sacrificio está en desear una comunidad política, donde la censura no tenga espacio, porque no tiene sentido pensar para no expresarse, guardarse las ideas en la interioridad. Ahora bien, la exteriorización de las ideas implica la aceptación o el rechazo de los otros y ahí radica el problema, cuando se piensa y se actúa se lo hace con relación a otros, pretendiendo ser visto por los otros, ser tenido en cuenta, eso es la interacción con los demás.

No tiene ningún sentido escribir una novela para que nadie la lea o pensar para que las ideas sean solo propias, tan propias que nadie las conozca. Recordando los manuscritos económicos filosóficos puede decirse que toda acción humana, del tipo que sea, es una acción social, porque todo lo que rodea al hombre tiene un carácter social, incluso la forma como pensamos es social, pues está determinada por la cultura (Marx, 1993).

Así entonces, pretender que algo se quede en la individualidad no es posible, no puede afirmarse que se actúa sin importar los demás, incluso cuando se actúa así, se lo hace pensando en los otros.

A este punto, la tolerancia comprendida como una convivencia sin contacto es posible, solo en espacios mínimos de interacción. Así, por ejemplo, si voy de viaje y en el bus que me corresponde ir se encuentra un sujeto junto a mí, que es indígena, lo cual lo deduzco por su vestimenta, puedo entonces hacer abstracción de su condición indígena y mantenerme en mi puesto, aguantando todo lo que me incomode, porque sé que al finalizar el viaje no lo volveré a ver más, de igual manera, él lo hará conmigo. Similar situación acontece cuando siendo alguien ateo, se encuentra en una actividad de dos o tres semanas con un creyente, como saben que al final no se volverán a ver más o si lo hacen no tendrán que convivir, entonces no habrá problema en tolerarse, en otras palabras, no será inconveniente compartir sin quererse comprender.

Así entonces, la tolerancia es buena para la convivencia, pero esa convivencia mata la sociabilidad, la interacción y la construcción de aquello que Hegel llamaba *ethos* o comunidad. La ausencia de un *ethos* común hace imposible que la preocupación por los otros pueda surgir, lo único que realmente tiene interés es que los otros no invadan mi privacidad, no pretendan poner en discusión lo que soy, porque cuando se busca eso la tolerancia se rompe. Así las cosas, si alguien es cristiano y no actúa de acuerdo a su condición de ser cristiano, se le puede decir que es un incoherente, pero de acuerdo a una actuación políticamente correcta, es mejor sonreír, guardarse la apreciación y entender que eso es un asunto privado. “Esa persona sabrá cómo entiende la cristiandad y la práctica” “allá él”. No obstante, ese proceder tolerante se vuelve contraproducente porque en muchas ocasiones la esfera privada de los individuos se relaciona con la pública y termina definiéndola. Así, puede plantearse la siguiente

En definitiva,
la tolerancia sirve
para guardar
la prudente distancia
entre la condición
de ser que se practica
y profesa, con la de otros
que no la comparten
o les es
indiferente

pregunta ¿un sujeto cuyas creencias son cristianas debe ser tolerado en su forma de actuar y pensar, a pesar de que sus ideas tengan un fuerte componente machista? O ¿por el contrario sus creencias, opiniones y formas de actuar deben ser cuestionadas? Quienes profesan que la tolerancia es una virtud máxima afirmarían que sí y complementarían su respuesta con una expresión similar a: “mientras él no se meta con nosotros”, entiéndase ese no se meta con nosotros de la siguiente forma: “Respeto que él sea machista mientras lo sea con su esposa y sus hijas, pues ellas ya están acostumbradas y ellas lo han aceptado así. Pero no lo respeto y lo critico cuando el hijo de él quiere casarse con mi hija”.

En definitiva, la tolerancia sirve para guardar la prudente distancia entre la condición de ser que se practica y profesa, con la de otros que no la comparten o les es indiferente, esto no implica que los individuos no tengan contacto, el asunto es que evitan ser afectados

por los otros. Asumida de esta manera, la tolerancia evitará las confrontaciones y las guerras, porque se respeta la posición del otro, tanto así que todo se reduce a opiniones o subjetividades. Es común escuchar a las personas resguardarse bajo la expresión “es mi opinión, respétela”, cuando se le hace una crítica o cuando se le antepone otra opinión. Esa expresión está bien cuando las opiniones están sustentadas en los gustos, por ejemplo, el color que alguien decidió para un pantalón o la preferencia de un plato de comida. Pero, no está bien reducir las decisiones, las ideas o pensamientos a esa expresión cuando estos definen la vida de un grupo, de una comunidad o de un país.

De acuerdo a lo anterior, cuando se confunde argumentos con gustos y se anula la posibilidad de diálogo y debate, se cae en una anulación de la dinámica democrática, incluso se gesta la posibilidad de defender todo con violencia, se pasa de los argumentos a los señalamientos, de los señalamientos a la estigmatización, luego a los golpes, a las armas y por último a la eliminación del que se vea como insecto.

El Vuelo del Reconocimiento

Quizá para una convivencia en comunidad, dinámica y polémica, sea más conveniente el reconocimiento, que es diferente de la tolerancia. Mientras esta última puede comprenderse como el soportar al otro sin intención de sentirse afectado por él, sin pretender involucrarse con la diferencia; el reconocimiento es una apertura a lo otro, incluso, puede decirse que es una disposición a aceptar la otredad, sobre todo porque se acepta el diálogo, se rompe el marco de la distancia y se está dispuesto a compartir, y en cierta medida a dejarse afectar.

En la novela infantil, del escritor Luis Sepúlveda (1996), titulada *Historia de la gaviota y el gato que le enseñó a volar*, se ejemplifica gráficamente lo que es el reconocimiento. En ella los personajes son animales que el escritor pone muy hábilmente a actuar y a hablar; el personaje principal es un gato negro grande, llamado Zorbas, que es bonachón y consentido por sus dueños. Un día este gato, a quien le encanta descansar en el balcón de la casa de su amo,

se encuentra con el aterrizaje inesperado de una gaviota a punto de morir y cubierta todo el cuerpo de petróleo; la contaminación del mar, producida por los barcos que lavan sus tanques en altamar, la afectaron a la hora de salir a la superficie después de capturar un pez.

La preocupación del gato por ver a la gaviota agonizante, la cual le suplica que no se la coma y que la deje morir en paz, le hace prometer ayuda para evi-

tarle la muerte, sin embargo, la gaviota que sabe de su inminente final le suplica que mejor le prometa algo que

ella desea más que vivir, a lo cual el gato acepta. La promesa consiste en tres cosas: primero, cuidar un huevo que ella va a poner, y debe hacerlo como si fuera de él hasta que el polluelo salga; segundo, cuidar al recién salido del cascarón hasta que este grande y pueda tomar su rumbo; y tercero debe enseñarle a volar.



Zorbas sorprendido y asustado acepta, más no tiene idea de cómo llevar a cabo el cumplimiento de esa promesa, por tal motivo acude en ayuda de su grupo de amigos, entre los que se encuentra: un gato de biblioteca. Apoyándose en su grupo y con la sabiduría del amigo gato, asiduo visitante de los libros de una enciclopedia, averigua como empollar un huevo y cuidar a una gaviota. Con esa dedicación, el ave logra alcanzar su madures en medio del cuidado

de los felinos, el peligro de las ratas y la cizaña de un chimpancé.

El constante contacto con los felinos amigos de Zorbas y las insinuaciones del chimpancé (quien habita la biblioteca y es caracterizado como un amargado porque paso de ser estrella de circo a cuidador de libros y objetos viejos de museo), hacen que la pobre ave no desee ser gaviota, sobre todo porque el chimpancé, calladamente, le dice que los gatos quieren que ella sea grande para poder comérsela. Esto hace que la

La Revista

Lecturas-reflexiones-asombros

gaviota se niegue a aceptar su condición de diferente, intentado maullar como Zorbas y tratando de trepar entre los tejados.

Por esa razón, cuando Zorbas tiene que cumplir la tercera parte de la promesa, encuentra una negación a volar por parte de Afortunada, la gaviota que fue llamada así por el grupo de gatos. A pesar de sentir el llamado del cielo y el viento a levantar sus alas y su cuerpo, Afortunada solo desea ser como los gatos; esto se presenta porque en cierto sentido siente miedo a que se cumpla lo dicho por el chimpancé, ser el banquete de los felinos. Ante esa adversidad, Zorbas le explica a Afortunada la verdadera razón del aprecio que sienten hacia ella, la cual no coincide con lo afirmado por el chimpancé, ante lo cual Zorbas manifiesta:

Eres una gaviota. En eso el chimpancé tiene razón, pero sólo en eso. Todos te queremos, Afortunada. Y te queremos porque eres una gaviota, una hermosa gaviota. No te hemos contradicho al escucharte graznar que eres un gato porque nos halaga que

quieras ser como nosotros, pero eres diferente y nos gusta que seas diferente. No pudimos ayudar a tu madre pero a ti sí. Te hemos protegido desde que saliste del cascarón. Te hemos entregado todo nuestro cariño sin pensar jamás en hacer de ti un gato. Te queremos gaviota. Sentimos que también nos quieres, que somos tus amigos y tu familia, y es bueno que sepas que contigo aprendimos algo que nos llena de orgullo: aprendimos a apreciar, respetar y querer a un ser diferente. Es muy fácil aceptar y querer a los que son iguales a nosotros, pero hacerlo con alguien diferente es muy difícil y tú nos ayudaste a conseguirlo. Eres una gaviota y debes seguir tu destino de gaviota. Debes volar. Cuando lo consigas, Afortunada, te aseguro que serás feliz, y entonces tus sentimientos hacia nosotros y los nuestros hacia ti serán más intensos y bellos, porque serán el cariño entre seres totalmente diferentes.

- Me da miedo volar – graznó Afortunada incorporándose.

- Cuando eso ocurra yo estaré contigo – maulló Zorbas lamiéndole la cabeza

- Se lo prometí a tu madre.
- La joven gaviota y el gato grande, negro y gordo empezaron a caminar. El lamía con ternura su cabeza, y ella le cubrió el lomo con una de sus alas extendidas. (Sepúlveda, 1996, p. 103).

Aunque Afortunada supera su temor, ella no consigue volar porque necesita lanzarse desde un lugar con mucha altura, pero eso no es posible para los gatos, ya que ellos solo rondan por los tejados de las casas y el único lugar al cual es posible acudir está al alcance de los humanos. No obstante, La astucia de los gatos les permite llegar a la parte más alta de la ciudad y desde ahí lograr su propósito, hacer alcanzar los cielos a Afortunada, concluyendo ahí la historia.

La novela que fue escrita por el autor chileno para su hijo, con la finalidad de incentivar una sensibilidad por la naturaleza, los animales y el cuidado del medio ambiente, es la forma no pensada por el autor, de una clara ejemplificación del reconocimiento, del

verdadero respeto por el otro, que no se basa en la tolerancia, sino en una aproximación y comprensión del otro como fin en sí mismo, hasta el punto de sentirse afectado por lo que le pasa al otro. En razón de ello, vemos que, al usar a animales como personajes de la historia, se hace fácil remarcar la diferencia.

Asimismo, no solo la diferencia se evidencia como un elemento recurrente en la historia, también los prejuicios y la enajenación fruto de una visión dominante se pueden apreciar en la trama. Los primeros, comprendidos como los conocimientos adquiridos previamente al acto de conocer, llevan a construir una relación de distancia, de alejamiento, de miedo o de prevención. Es por eso que el mismo título de la obra resulta llamativo, porque no es concebible que un gato enseñe a volar a una gaviota. Sin embargo, la historia nos muestra que, aunque la condición física no hace posible que los gatos vuelen, el conocimiento y la razón, características humanas puestas a los personajes de esta historia, son los elementos que permiten romper los prejuicios.

cios para hacer viable una dinámica de interacción.

Que la historia sea creíble, es magia del autor, para tratar de convencer al lector de los sucesos, pero esa magia esta puesta sobre hechos que tienen anclaje en la vida real, aunque la novela es pura ficción. Como se mencionó, uno de los elementos es el prejuicio, el otro la enajenación, en realidad, el primero es caldo de cultivo para el segundo, porque los primeros definen al sujeto y objeto que se está juzgando y esa definición construye un perfil en el que se espera que el sujeto juzgado se encasille. De ahí, que el chimpancé, en razón de sus prejuicios, desea que la gaviota se comporte como tal, para cumplir con el sentido común, que reza que los gatos se comen a las aves. Evidentemente la gaviota cree poder evadir eso negándose a sí misma lo que ella es, es decir, enajenándose, salvándose siendo gato. Pero Zorbas deconstruye esa imagen cuando le explica a Afortunada su verdadero interés, el cual radica en que la quiere porque le ha enseñado a ser diferente, le ha mostrado algo que él

no es, pero que es igual de valioso como ser gato, le enseñó el valor de la diferencia no en el otro, sino en sí mismo; el gato aprendió que hay otras formas de ser, diferentes a las de ser gato.

Hasta aquí podemos decir que la historia contada por Sepúlveda nos ejemplifica la importancia de la diferencia y da una muestra de aquello que es el reconocimiento. Sobre todo, porque el reconocimiento no se da entre iguales, sino entre seres que son diferentes. Por ello, el gato le dice a la gaviota: “Es muy fácil aceptar y querer a los que son iguales a nosotros” (Sepúlveda, 1996, p. 103) para afirmar que sus sentimientos hacia ella son de aprecio y estima, aunque ella no sea un felino.

En otras palabras, es muy fácil acercarse y compartir con los nuestros, porque casi siempre los nuestros **no** cuestionan nuestra forma de vida, cultura y concepción política, pero resulta difícil cuando se dan acercamientos con los diferentes, porque la diferencia implica una disposición mutua a romper el ego que ha construido lo que somos. Por lo

tanto, para este caso la interacción con el otro no es un acto pasivo, como si lo puede ser la tolerancia, sino un acto dialéctico, donde el diálogo y la interacción con el otro son necesarias.

De acuerdo a lo mencionado, podemos entender al reconocimiento “como una afirmación del otro de acuerdo a la interacción con él, concibiéndolo como un fin en sí.” (Castillo, 2015, p. 236), que hace posible la interacción entre los individuos, motivando el diálogo y el debate entre las personas. A diferencia del aislamiento requerido por la tolerancia y el respeto del espacio privado, el reconocimiento evita crear círculos aislados, así como no es compatible con la carencia de diálogo y el debate. Puede decirse que la interacción y el diálogo son esenciales, debido a la estrecha relación que tiene con la identidad.

Esa forma de comprender el reconocimiento implica una apertura que cuestiona la identidad de los sujetos, siendo ello un cuestiona-

miento y una reconfiguración de sus formas de pensar, de actuar, de relacionarse, incluso de sus condiciones materiales de vida. Esto, porque la identidad, tal como lo afirma el filósofo Canadiense Taylor, no es un constructo interno, sino algo que se estructura en relación con los demás, en diálogo permanente con los otros, con el pasado, el presente y el futuro. “De este modo, el que yo descubra mi propia identidad no significa que yo la haya elaborado en el aislamiento, sino que la he negociado por medio del diálogo, en parte abierto, en parte interno, con los demás” (Taylor, 2000, p. 55).

Ahora bien, esa construcción de identidad hace posible que se lleve a cabo el proceso de pertenencia a una comunidad, en la medida que la dinámica de interacción de los individuos, tanto entre sí mismos como con su entorno, permite que elementos de la comunidad pasen a ser parte de la identidad individual y viceversa. Así, el afecto u odio

Puede decirse que, la interacción y el diálogo son esenciales, debido a la estrecha relación que tiene con la identidad.

que se siente por una parte de la ciudad, un barrio, un grupo de personas o una actividad determinada es fruto del proceso de negociación, tanto pública como interior que los individuos realizan en su cotidiano vivir. Quiere decir que esa negociación no está exenta de conflicto, porque implica un cuestionamiento de las formas de ser, tanto públicas como privadas.

En una sociedad donde el conflicto es estigmatizado, la opinión divergente es silenciada y la diferencia se oculta, la convivencia social no podrá ser el resultado de una interacción, sino de una imposición que se niega a aceptar el movimiento y la dinámica como necesaria para la reafirmación. Contrario a ello, una sociedad que asume la construcción de la identidad como algo móvil y en constante discusión, será mucho más sólida porque se valorará, se criticará a sí misma y reparará sus falencias con mayor facilidad que aquella que se niega a aceptar todo tipo de conflicto. Así, por ejemplo, el catolicismo tiene una fuerte relación con las visiones patriarcales machistas que, por con-

siderarse parte de la religión, se asumen como asuntos privados. No obstante, los elementos machistas estructuran dinámicas y visiones comunes que terminan siendo vistas como naturales y legitimadas por instituciones públicas y privadas.

Una apreciación feminista que se precie de reconocer a la mujer, no solo criticará las acciones públicas de las instituciones con las que se difunde el machismo, sino que pretenderá un cambio en las actitudes particulares. Entenderá que los individuos son construcción social, a pesar de ser individuos. Retomando a Kant, puede decirse que la libertad solo se aprende de sujetos libres. En otras palabras, si se quiere una convivencia con los otros, es necesario fomentar una apertura de cada persona para estar dispuesta al diálogo, a la crítica y al cambio. Pero ese proceso de construcción de individuos no encerrados en sí mismo, con capacidad de valorar la diversidad hasta el punto de interiorizarlas, requiere un sujeto crítico, un sujeto que sea capaz de pasar lo aprendido por el filtro de la crítica.

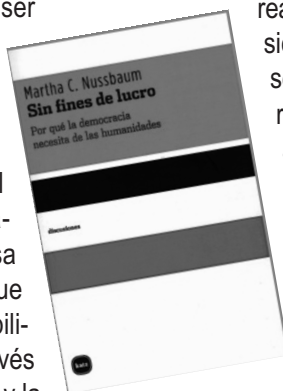
Formar en el Reconocimiento

Si se asume que el reconocimiento es conveniente para una sociedad donde el conflicto es visto como normal y cotidiano, se debe analizar los medios a través de los cuales se forman individuos capaces de reconocer al otro. Indiscutiblemente, la tarea principal para dicho objetivo debe estar en la educación, una que sea capaz de sensibilizar a las personas sobre el valor humano que cada ser tiene, expresado en la pluralidad de manifestaciones culturales, políticas y sociales. Para tal propósito, las humanidades cumplen esa labor, no solo porque despiertan la sensibilidad por el otro a través del arte, la literatura y la ciencia, sino que son capaces de formar un espíritu crítico, democrático, haciendo posible que las personas puedan ubicarse en el lugar de los otros.

Dentro de este enfoque, se puede recordar a Martha Nussbaum (2010) por su defensa a la forma-

ción humanística, en su libro titulado *Sin fines de lucro*, donde afirma que la pintura, la música y la literatura fomentan la creatividad y ella no solo hace posible imaginar mundos imposibles, realidades distintas. También otorgan al niño nuevas capacidades para comprender su propia persona y la de los demás.

Nussbaum (2010) menciona ejemplos de procesos de formación, realizados con teatro y música a través de los cuales se pretende que los actores al asumir el papel asignado, se sientan relacionados con el personaje, se identifiquen y se ubiquen en el lugar de aquel están representado o interpretando. Esa sensibilidad con la cual los niños, actores o músicos se ubican, también lo pueden sentir los espectadores, llegando al punto de compartir visiones y sentimientos con los personajes originales de la obra; por ejemplo, Nussbaum (2010) cuenta la experiencia de unos niños estudiantes de secundaria que decidieron interpretar la



vida de Rosa Parck, en homenaje al cumpleaños de la institución a la cual pertenecían. Los niños que llevaron a cabo esa actividad sintieron con más fuerza la indignación que Parck sintió por tener que padecer las acciones discriminatorias y racistas; relacionando esa indignación con la injusticia que los lleva a comprender el momento histórico en el cual la diferencia era una condición negativa y las leyes la reflejaban; este sentimiento también se vio reflejado en los asistentes a la obra, quienes asumieron el sufrimiento y el coraje de los personajes como propio.

Para Nussbaum esa experiencia vivida en el teatro, es posible apreciarla desde otras áreas, como el cine o la música; en esta última, el intérprete tiene, no solo, que aprender las notas y los ritmos propios de una canción, sino que deberá tener una aproximación con la historia o el origen de esa canción que va a interpretar, para ello es fundamental la imaginación, porque sin ella sería imposible vivir situacio-

nes ajenas al contexto personal. Un claro ejemplo se observa en personas de Latinoamérica que escuchan música rusa o japonesa, sus sonidos y ritmos tratara de ubicarlos en lugares que son desconocidos para ellos, pero que los puede imaginar y por lo tanto no realizará un proceso de comparación.

Para Nussbaum (2010) las humanidades no buscarán habilidades y capacidades, sino sensibilidades, con las cuales los individuos les sea posible relacionarse, captar o aproximarse al sentir de aquellos que están con nosotros y especialmente de quienes se encuentran distante de nuestro círculo de relación. Obviamente, la filóloga hace solo referencia al teatro y la música por medio de experiencias y anécdotas, pero para ella, implícitamente la literatura también juega un papel primordial, así como lo puede hacer o lo ha hecho la pintura.

Gracias a esa sensibilidad despertada por las artes, especial-

Gracias a esa sensibilidad despertada por las artes, especialmente por la literatura, es posible hoy hablar de los derechos humanos.

mente por la literatura, es posible hoy hablar de los derechos humanos. Porque la proclamación no fue fruto de un movimiento gestado por las ideas de los ilustrados o del racionalismo; puesto que el discurso filosófico estaba reservado a una clase determinada de personas cultas en la Francia del siglo XVIII (Hunt, 207). De esta manera, los textos ilustrados no podían ser leídos por cualquiera persona, no porque fueran censurados u ocultos, sino porque el lenguaje, los términos a los objetos de referencia eran contrarios al sentir del pueblo llano. Por ello, el papel de gestora de la sensibilidad corrió por cuenta de la literatura, quien hizo posible que mucha gente del común, se identificará con los sufrimientos y padecimientos contados por la novela de Rousseau *Juliet* o *La nueva Heloisa* y los poemas de Voltaire, creando la sensibilidad necesaria para asumir la idea que cada ser humano es valioso en sí mismo (Hunt, 2007).

El teatro, el cine, la pintura y la música, brindan mayores herramientas en las que el espectador puede ser pasivo, en cambio en la literatura se involucra fuertemente la voluntad del lector para que pueda tener existencia lo escrito.

Por consiguiente, puede decirse que la literatura abrió paso a la revolución francesa, haciendo posible crear un tejido de sentimientos y emociones que generaron identificación con las ideas de la ilustración, demostrándose así que la literatura, como parte de las humanidades es importante para el desarrollo de la sensibilidad.

En efecto, la literatura tiene mayor peso que la música, el teatro o el cine, porque potencia más la imaginación, ya que le permite al lector que sea él quien reconstruya el mundo descrito a partir de los elementos de sus propias vivencias. El teatro, el cine, la pintura y la música, brindan mayores herramientas en las que el espectador puede ser pasivo, en cambio en la literatura se involucra fuertemente la voluntad del lector para que pueda tener existencia lo escrito. El simple hecho de tener que abrir el libro para descifrar los códigos registrados en la hoja, ya requiere una porción importante de voluntad.

No obstante, las humanidades no son competencia únicamente del mundo adulto, es decir, la música, el arte y la literatura también se deben desarrollar en la infancia y en los niveles que hagan posible cumplir sus propósitos. Martha Nussbaum, tiene en cuenta que el proceso de formación humanista, si bien, es constante, tiene mayor importancia en la infancia, porque es ahí, basándose en estudios del psicólogo Winnicott, donde la imaginación se desarrolla más (Nussbaum, 2010). Por ende, esta filósofa le apuesta a defender una educación que fomente las artes desde la infancia, porque la capacidad de imaginar hace posible que los niños puedan relacionarse de manera independiente con los demás.

Según Winnicott, el juego reviste una importancia fundamental para toda esa etapa del desarrollo. Criado en una familia represiva de estricta fe religiosa en la que se rechazaba el juego imaginativo, con las consiguientes dificultades para relacionarse que eso le había aparejado en la vida adulta, Winnicott se había convencido de que el juego era esencial para un desarro-

llo humano sano de la personalidad. Es un tipo de actividad que transcurre en el espacio entre dos personas, lo que él denomina “espacio portencial”. Allí, las personas (primero en su infancia y luego en la vida adulta) experimentan con la idea de la “otredad” de maneras menos amenazantes que un posible encuentro directo con el otro. Así adquieren una práctica muy valiosa de la empatía y la reciprocidad. (Nussbaum, 2010, p. 135).

Según Nussbaum (2010), la música, las artes y las letras desarrolladas por medio del juego en la infancia potencializa la empatía, o sea, la posibilidad de relacionarse con otras personas, sin que se corra el riesgo de un verdadero encuentro. Por ello, a los niños pequeños en la escuela se les enseña mediante canciones y juego, actividades que son divertidas para ellos, aunque para los ojos de las personas adultas resultan inútiles o poco productivas. Retomando la idea de Rousseau sobre la educación, puede decirse que ésta al centrarla en las humanidades resulta una pérdida de tiempo (Rousseau, 1996), no obs-

tante, el proceso de formación implica desarrollo de la imaginación, capacidad necesaria para poder adentrarse en el juego de las relaciones sociales.

Hasta aquí es clara la idea que Nussbaum (2010) muestra sobre la importancia de la formación humanista, al desarrollar la creatividad en las personas, necesaria para crear y recrear situaciones en las cuales se dan relaciones con otros y eso hace posible que los individuos acepten la interacción, el diálogo, creando las bases para un pensamiento democrático. Una educación que no se inquiete por las artes, no estará interesada por despertar la sensibilidad y por lo tanto no formará para la democracia. Las reflexiones de Nussbaum (2010) respecto de la educación se basaban en Winnicott, este autor es también abordado por el filósofo alemán Honneth (1997) quien se formó en la escuela de Frankfurt y que ha trabajado el reconocimiento, intentado formular una teoría que permita su comprensión. Nussbaum (2010) y Honneth (1997) se unen a través de los estudios de Winnicott, para lograr la formación de un sujeto integral

capaz de convivir dentro del marco de una sociedad democrática, esto porque lo sostenido por la filósofa norteamericana sobre la educación para la empatía, es también apreciado como fundamental para Honneth (1997).

La idea del filósofo de Frankfurt es básica, parte de la idea ya expuesta por Taylor (2000) respecto de entender el reconocimiento como necesidad vital de todos los seres humanos, pero para que esa necesidad sea satisfecha y no se generen conflictos por insatisfacción, es necesario comprender el desarrollo que toda persona tiene en tres esferas de formación; la primera tiene que ver con el afecto que el niño desarrolla por sus padres, especialmente por su madre. En esa etapa el infante aprende a comprenderse como sujeto individual, independiente de la madre, es quizás la etapa de confianza, donde los juguetes tienen un papel central, porque se convierten en el objeto de transición, del cual el niño se vale para poder tener seguridad. Así, el niño imagina que el juguete es la representación de algo que le proporciona afecto y a la vez seguridad, con dicho objeto el niño se

desprende de la madre y del padre, teniendo la seguridad que, a pesar de su ausencia, los padres siempre lo querrán (Honneth, 1997).

Estos razonamientos Honneth (1997), los toma de estudios psicosociales de Herberd Mead y Winnicott, que le permiten entender el motivo por el cual la tortura, la humillación, el maltrato y la traición resultan formas de lesión moral o de no reconocimiento de la persona, porque cuando se comete cualquiera de esas acciones en contra de una persona, se desconoce la individualidad del sujeto, se le está faltando a la confianza que él como individuo demanda de los demás (Honneth, 1997). De ahí que para Honneth sean lesiones morales, porque afectan la individualidad de quien las padece, haciendo que el sujeto se vuelva desconfiando, y por ende a tener dificultades en relaciones futuras.

En la segunda esfera las personas se forman como sujeto de dere-

cho; esta esfera tiene origen cuando el niño, una vez que ha fortalecido la confianza en los demás y en sí mismo, comienza a relacionarse con personas que son distintas a las de su círculo familiar: profesores, amigos, vecinos y conocidos. Con ellos aprende a reconocerse como sujeto igual a los demás, entiende lo que significa la igualdad y el respeto por la esfera particular de los otros. Ese aprendizaje será importante para que se pueda sentir sujeto de derechos (Honneth, 1997).

En esta esfera las personas se miran como iguales y se sienten protegidos y valorados de esa forma. La idea de igualdad adquirida permitirá valoraciones sobre actos como el desconocimiento de los derechos de una persona, el respeto a la dignidad y el desconocimiento como sujeto interactuante (Honneth, 1997); por ejemplo, cuando a alguien se lo trata despectivamente, se le desconoce el valor de lo que dice o se le ignora su lugar como su-

La idea de igualdad adquirida permitirá valoraciones sobre actos como el desconocimiento de los derechos de una persona, el respeto a la dignidad y el desconocimiento como sujeto interactuante (Honneth, 1997);

jeto. Tal como pasa en un grupo de individuos haciendo fila para comprar algo o recibir algún servicio, el intento de una persona por colarse ofende a quienes desde hace rato están guardando su puesto. En esas situaciones Honneth (1997) considera que se desconoce la condición de sujeto de derecho, causando una lesión moral que genera indignación y protesta en quienes muy disciplinadamente han estado esperando su turno.

En la tercera esfera denominada de la solidaridad, los individuos aprenden a respetar y valorar la potencialidad de los demás, en cuanto los horizontes de perspectiva de vida no tengan una misma finalidad (Honneth, 1997). En esta esfera, los sujetos encuentran en la diferencia manifestaciones o formas de vida válidas y espera de los demás la ayuda necesaria para realizarse sin que dicha realización implique un compromiso con los otros. Lo que aquí se da son relaciones puramente solidarias

Porque no solo despiertan tolerancia pasiva, sino participación activa en la

particularidad individual de las otras personas; pues sólo en la medida en que yo activamente me preocupo de que el otro pueda desarrollar cualidades que me son extrañas, pueden realizarse los objetivos que nos son comunes. (Honneth, 1997, p. 159).

Común no quiere decir que tengan la misma finalidad, sino que comparten la aspiración a realizar dicha finalidad, esa aspiración es lo que los une. Así las cosas, un ejemplo claro es de un hijo que desea llegar a ser pintor. Los padres del muchacho desean que él sea médico, sin embargo, las aspiraciones no compartidas por el padre no son un obstáculo para negársele ayuda. El padre comprende lo significativo que es la aspiración del muchacho y por lo tanto ayuda a alcanzar ese fin.

En esta esfera los sujetos valoran la diferencia, en cuanto el otro no es algo externo y con lo cual guardan distancia, por el contrario, es del que pueden aprender y con el que se relacionan para comprender lo que realmente son. En otras palabras, el otro es para uno y uno para los demás es también el diferente.

Estas tres esferas son para Honneth (1997) formas de reconocimiento que los individuos han aprendido a lo largo del desarrollo de su vida. No quiere decir esto que las tres esferas se encuentran separadas, es tan solo una forma de comprensión del reconocimiento, que se propone para entender lo que significa.

Ahora bien, teniendo en cuenta que Honneth (1997) propone esta forma de comprensión del reconocimiento, podemos entender más ampliamente la propuesta de Nussbaum (2010) sobre como la formación de las humanidades puede ayudar a generar empatía y dar los elementos necesarios para formar personas con espíritu democrático.

Si asumimos que una sociedad pacífica no es aquella en la que los conflictos se han acabado, sino en donde se ha aprendido a superarlos, puede decirse que ahí, en esa sociedad, el reconocimiento se apreciara como necesario, pero esto requiere una formación que les brinde a las personas de esa comunidad,

elementos para reconocer en los demás individuos un valor en sí mismos como particulares, a los cuales se debe respetar como sujetos de derecho que tienen las mismas garantías, condiciones y que puedan alcanzar los distintos horizontes de vida que se propongan.

Una educación con esa finalidad no puede buscar la tolerancia, la cual es pasiva, sino el reconocimiento, que hace posible ubicarse en el lugar de otro, para entender que los objetivos de cada persona son distintos, pero tienen un valor igual al que yo poseo. Ahora bien, asumir que el otro es valioso no se da de manera mecánica, ni de forma tácita, esta se da por medio del diálogo constante con los otros, por una dinámica de interacción en la que es necesario una apertura mutua sincera, para la cual la educación tiene que crear seres sensibles, creativos y capaces de imaginar.

La sensibilidad hace posible que los otros, el diferente, el discrepante de mi posición, sea comprendido o captado con mayor fidelidad, llevando a interiorizar las

razones de la discrepancia. Así entonces, la sensibilidad, junto con la imaginación y la creatividad, permiten ponerse en el lugar del otro, para valorar críticamente los motivos por los cuales se es de X o Y manera, evitando de esta forma un rechazo automático al diálogo y a la interacción. Es decir, la sensibilidad quita las prevenciones, los prejuicios y dispone a un diálogo constante.

Asimismo, la literatura y las artes, proporcionan esa sensibilidad y por ello son necesarias para formar sujetos capaces de aceptar el conflicto y reconocer en él un potencial de crecimiento personal y social, porque ser sensible no es solo estar dispuesto al otro, sino a aceptar que se tiene parte de los otros en sí mismo, aquí es necesario criticar y autocriticarse.

Conclusiones

Es necesario comprender el conflicto como una condición natural para poder vivir en sociedad. Esto quiere decir que, siempre existirán diferencias culturales, religiosas y políticas, que generarán divergencias entre las personas, para las

cuales siempre se ha presupuesto la tolerancia como necesaria para la paz y la convivencia. No obstante, la tolerancia resulta aceptable si se desea una sociedad donde los individuos no interactúen o se mantengan siempre en su esfera privada, para esa sociedad es recomendable fomentar la tolerancia, pero para una sociedad que acepta el conflicto y lo asume como un hecho natural, la forma de promover una convivencia democrática es el reconocimiento.

Por lo tanto, una forma de contribuir a construir una sociedad armónica, donde los conflictos sean vistos como normales y superables, requiere de un compromiso de la educación para crear sensibilidad entre las personas con la finalidad de aceptar la diferencia. Ese compromiso de la educación requiere de un fortalecimiento de la formación humanística de las humanidades, éstas estimulan la creatividad que a la vez permite imaginar mundos posibles y situaciones diversas a las cotidianas, en las cuales las personas se ubican como actores, consiguiendo con ello ponerse en el

lugar de los otros a través de la sensibilidad que despiertan el cine, la música, la literatura, la danza, entre otras.

Esa es la tesis de Nussbaum (2010) en su libro titulado sin fines de lucro, donde expone las razones por las cuales se inclina por una defensa de las humani-

dades en la educación a todos los niveles, para ello, sustenta su postura en los estudios del psicólogo D.W Winnicott; coincidiendo con teóricos, como Honneth (1997), quien ve en el reconocimiento un elemento necesario para fomentar relaciones solidarias, democráticas y de interacción entre sí.

BIBLIOGRAFÍA

- Castillo, J. C. (2015). De la tolerancia al reconocimiento: Una forma de hacer justicia en las sociedades contemporáneas. En: D. Grueso, Reconocimiento y democracia: Desafíos de la justicia. Cali, Colombia: Universidad del Valle.
- Hall, E. B. (1919). Voltaire In His Letters. Londres: LTRE. Honneth, A. (1997). La lucha por el reconocimiento. Madrid: Crítica. Hunt, L. (207). Inventing human rights. Londres: Norton.
- Marx, C. (1993). Manuscritos económico filosóficos 1844. Madrid: Alianza.
- Nussbaum, M. (2010). Sin fines de lucro. Argentina: Katz.
- Rousseau, J. J. (1996). Emilio o de la educación. Madrid: EDAF.
- Salgado, D. J. (2007). Satanización del Socialismo y del Comunismo en Colombia 1930 - 1950. Popayán: Universidad del Cauca.
- Sepúlveda, L. (1996). Historia de una gaviota y el gato que le enseñó a volar: Una novela para jóvenes de 8 a 88 años. Barcelona: Tusquets.
- Taylor, C. (2000). El multiculturalismo y la política del reconocimiento. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zuleta, E. (1985). Sobre la idealización de la vida personal y colectiva y otros ensayos. Bogotá: PROCULTURA.

* **Rommel Hernández.** Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad de Nariño. Magister en Filosofía de la Universidad del Valle, Doctor en filosofía por la Universidad de la Habana. Profesor Investigador de la Universidad Cooperativa de Colombia. Miembro del grupo de investigación La Minga. Correo electrónico: rommelaarmandohernandez@gmail.com

* **Ángela Navia López.** Abogada de la Universidad de Nariño. Magister derecho internacional de FLACSO. Docente investigadora del programa de Maestría en Derecho de la Universidad Mariana - Pasto. Correo electrónico: angela_navi@hotmail.com